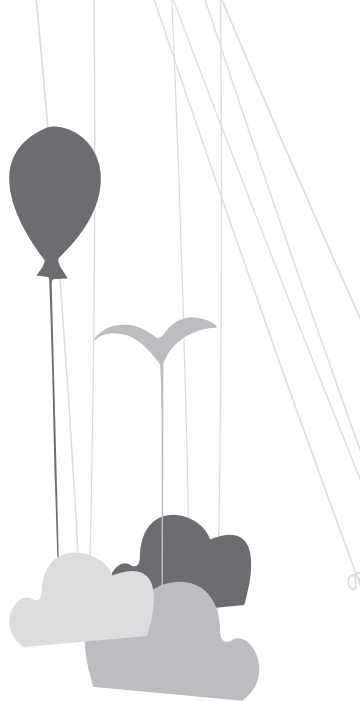


día uno

Viernes 4 de julio, 8:56 P.M.



Durante las primeras horas, me dedico a rechazar refrigerios y comidas, calorías intactas grabadas en mi conciencia como si fueran ecuaciones complejas. Hice el cálculo y sé aproximadamente cuánto peso tengo que perder antes de que mi corazón se silencie por completo. La muerte no es una ciencia exacta, lo cual es irritante para los que nos gusta la precisión.

En la cena y en el aperitivo de la noche, me siento en la mesa de la casa con las otras chicas de la Cabaña Tres. Son tres y me dijeron sus nombres más temprano, entre platos de comida y jarras sudadas de té frío. Jamás los aprenderé. ¿Por qué habría de hacerlo? De todas formas, no voy a estar aquí por mucho tiempo. Eden pensará en algo.

Una de las muchachas tiene cabello fino y oscuro, come muy rápido y tiene demasiada carne como para ser anoréxica. La otra es más bien una amenaza: una rubia

encorvada con una sonda de alimenticia que serpentea desde su fosa nasal derecha hasta engancharse en su oreja. Sus omóplatos sobresalen; sus huesos se marcan cual exquisito mármol tallado. La tercera es la menos honorable: una muchacha robusta con las mejillas rojas y abundantes rizos rubios y blancos completamente descontrolados. No tiene la fuerza suficiente como para obedecer las exigencias de la huelga de hambre, sino que parece desesperada por seguir las reglas del lugar.

Hay demasiadas normas, no podría recordar todas aunque lo quisiera. Reduce la velocidad; no comas tan rápido; apresúrate; no comas tan lento; no uses sudaderas con bolsillos en la mesa; las mangas deben estar subidas hasta los codos durante las comidas. Están prohibidas las charlas sobre alimentos, los gestos y ruidos hacia ellos. Salar una vez por comida, no más. Echar pimienta dos veces por comida, no más. No cortar la comida en pequeños trozos. Tres comidas al día, tres refrigerios al día. Si los rechazan, se ofrecerán suplementos. Si rechazan los suplementos, se registrará en las carpetas color granate de los estantes de las enfermerías.

El refrigerio de la tarde está finalizando. Parloteos triviales y ansiosos me rodean mientras las otras estrujan vacíos contenedores de yogurt y destruyen envoltorios de celofán, aguardando a ser liberadas. No abrirán las puertas de la mansión ni del único baño hasta que el personal se asegure de que los pacientes hayan digerido cada caloría.

Echo una mirada afectuosa al brazalet de plástico rojo que envuelve mi muñeca. Acaricialo.

Deslisle, Stephanie (Stevie)

Muerto al llegar: 4/7

Cabaña tres

Aprendí que el rojo es el color del poder. Representa a las chicas

que no están progresando en el programa, es decir, a las que no han engordado. El amarillo es para las que están perdiendo terreno, ya que han subido el peso que el equipo de tratamiento les ha recomendado.

Y el verde... El verde es para las derrotadas, para las muchachas que se tatúan en las palmas las unas a las otras el símbolo de la recuperación con tinta brillante; las que juran una y otra vez que no permitirán que sus problemas las agobien. Las Chicas Verdes me dan lástima.

-Stevie, ¿verdad? -dice una voz.

De mala gana, alzo la vista.

Las otras muchachas vaciaron sus bandejas de aperitivos, dejándome sola con la rubia densa, que pasa el dedo índice por el borde interior de su envase individual de mantequilla de maní. Todo en ella grita *bulimia*.

-Stevie, así es -observo su brazalete. Es amarillo y capta la luz con cada uno de sus movimientos.

-¿Cómo estás hasta ahora? Los primeros días pueden ser duros. Parpadeo, preguntándome qué quiere de mí.

-Estoy muy entusiasmada por tener una compañera de habitación -me presiona-. De veras, estoy sola desde que esta chica Jill se fue y me estoy muriendo. Teagan y Cate -sacude la cabeza y baja la voz- están en el otro dormitorio de la Cabaña Tres. Son súper amables y todo, pero son un poco jóvenes y viven en su mundo.

Casi lanzo una carcajada. *Compañeras de habitación*. Como si fuera un campamento de verano. Me concentro en el plástico de mi teléfono celular que presiono contra mi pecho. Cuando me pesaron y me conectaron a la máquina de electrocardiograma, como si fuera una rata de laboratorio, puse el teléfono en los blandos pliegues de mis jeans, debajo de la pila de ropa, sobre el suelo.

-Mira... -estuve muy cerca de utilizar su nombre, a pesar de haber tantos para elegir. *Bulímica. Despreciable. Desperdicio.*

-Ashlee.

Estupendo. Parece que es de las que pronuncian su nombre con una doble *e* al final. La clase de chica que apenas logró ingresar al equipo de porristas, constantemente puesta a prueba por los hoyuelos de sus muslos. Ash! Lee!

Antes de que pueda decirle que está perdiendo el tiempo, una enfermera aplaude.

-De acuerdo, chicas. Son las nueve. Las cabañas ya deben estar abiertas. Buenas noches.

-Finalmente -Rizos Dorados empuja su silla y se deshace de la basura. La sigo hasta el patio, el aire helado me sorprende.

-Me estaba agarrando claustrofobia allí dentro.

Me conduce por el costado de la casa y me impulsa hacia una empinada colina.

-Vamos, por aquí.

Mientras ascendemos, escucho el rítmico balanceo de sus pasos a mi lado, mezclándose con los latidos de mi corazón. La Cabaña Tres se sitúa en la cúspide. Hay un pequeño porche al fondo con dos mecedoras.

-Pues, ¿de dónde eres? -me pregunta.

-De las afueras de Atlanta.

-Genial. Yo soy de Dallas -respira con ansiedad, ya sin aire-.
¿Qué hacen tus padres?

Padres. Plural.

Los adoquines crujen debajo de mis chancletas a causa de mi peso, como el eco de un sonido muy familiar: el de las arrugas de las trufas envueltas en papel aluminio que mi madre solía guardar en una fuente de vidrio grabada, sobre el escritorio de su oficina.

Tenía seis trufas allí, siempre seis. El chocolate era solamente para los clientes, prohibido para las niñas como yo. Muchas cosas estaban prohibidas.



Casi nunca podía ir al trabajo con mamá. *Un bufete de abogados no es un lugar para niños*, me había dicho. Yo le suplicaba cada verano. La oficina era agradable, pulcra y tranquila, todo lo que la caracterizaba a ella y en lo que yo aspiraba a convertirme. El día que cumplí ocho años se rindió. Tomé un bolso de mano y la seguí hasta un rascacielos en el centro de Atlanta. Era la perfección del vidrio y del acero. Pasé horas simulando que la lustrosa mesa de conferencias de caoba era un barco o una cabina y haciendo fortalezas con libros polvorientos de la librería de usados que se encontraba a pocas cuadras de nuestro hogar. Anna Karenina, Holden Caulfield y Jo March formaban muros de protección que me rodeaban, y yo me acurrucaba detrás de ellos, inhalando el olor rancio mientras mi madre se sentaba frente al escritorio, iluminada por el monitor de su computadora. Vestía una camisa blanca. Tenía un largo y delgado cuerpo de bailarina, y unos labios rojo fresa que jamás se apagaban.

Ella era la única mujer de la firma. A su alrededor, personas importantes susurraban palabras como *Washington* y *magistratura*. Tenía un Futuro Prometedor. Una vez le pregunté si le enorgullecía la forma en que la gente hablaba sobre ella. *El Futuro Prometedor es como una piedra preciosa*, me había comentado, *hipnotiza pero, luego de un tiempo, su peso podría hundirte*.

-¿Mamá? -fruncí el ceño en dirección al libro abierto sobre mi regazo. Flaubert. En su vida anterior al Derecho, mi madre se

había especializado en literatura francesa. Había prometido que algún día viajaríamos juntas a Francia. Me mostraría todo: dónde había asistido a sus clases en la Université Paris-Sorbonne, el apartamento que había alquilado en el Barrio Latino, el café en dónde había terminado de editar su tesis.

-¿Ehh? -su voz resonaba al otro lado del fuerte.

-¿Madame Bovary ama a Berthe?

-Berthe es su hija, mi amor. Todas las madres aman a sus niñas.

-Pero no pareciera que la ame.

-Bueno, es que Madame Bovary no es una mujer feliz.

-¿No puede Berthe hacerla feliz, mamá? -sentí un nudo en la garganta.

-No, querida. Los hijos no pueden hacer felices a sus padres, no es su trabajo.

Había demasiadas cosas que quería preguntar, pero nos interrumpieron porque tenía una reunión con sus socios. Me quedé sola dentro de mi fortaleza el mayor tiempo que pude. Sin embargo, yo era débil, incluso en aquel momento. Me escabullí hacia la gaveta de su escritorio y busqué la bolsa de chocolates escondida en el fondo que estaba casi repleta. Ella jamás contaría la cantidad de trufas, ¿no es cierto? Desenvolví el papel de aluminio arrugado y me llené la boca de un suave chocolate con leche. Con las rodillas dobladas contra el pecho y la cabeza levemente inclinada, me acomodé debajo del escritorio. Allí, acurrucada, una palabra vino a mi mente: *consuelo*.



Llegamos a la casa y Rizos Dorados empuja el umbral con la cadera.

-A veces, la puerta se atora, entonces hay que forzarla un poco.

La cabaña es pequeña, con paredes de cemento pintadas y un fino tapete azul grisáceo tendido sobre el suelo. Hay un dormitorio a cada lado del vestíbulo; y la otra puerta al final del corredor debe conducir al baño.

-Aquí estamos -Rizos Dorados entra en la habitación de la derecha dando brincos y enciende la luz.

El lugar es austero, con dos camas cubiertas de mantas azul marino desteñido; un armario largo y poco profundo bordea un lado del dormitorio y una puerta corrediza de vidrio da hacia la oscuridad.

Su cama está al otro extremo de la sala y su espacio luce como siempre imaginé que sería una habitación femenina de una residencia universitaria: fotografías de amigos en blanco y negro y coloridas tarjetas de cartulina con el nombre ASHLEY (*oh, pienso, esa ortografía no parece correcta*) escrito en enormes letras infladas pegadas al tablero adhesivo que se encuentra sobre su cama. Sobre un estante, hay algunos libros de autoayuda amontonados junto al despertador digital; un pequeño perro, un oso azul y un conejo de peluche con una sola oreja se sientan sumisamente del otro lado del reloj.

En mi parte, una maleta negra se encuentra ubicada cuidadosamente al pie de la cama.

-Desempacaron por ti -Rizos Dorados estira sus sucias y decoradas *Sharpie Keds*-. Tendrían que hacer control de equipaje -comenta y se desploma sobre la cama.

-¿Lo dices en serio? ¿Para qué? -pregunto respirando superficialmente.

Alto. No me permitiré estar más que ligeramente irritada. Todo esto -la muchacha, la alfombra rasgada, las paredes de cemento- es temporario. Solo debo esperar hasta que Eden me saque de aquí.

-Ya sabes, lo usual. Maquinillas de afeitar. Laxantes. Comida.

Cruzo la habitación y abro la puerta del armario. Algunas prendas de vestir cuelgan sin fuerzas de la varilla de madera.

-¿Dónde diablos está mi ropa?

Paso las manos por dos pares de jeans, la enorme sudadera que, cuando cierro los ojos, aún huele a Josh, tres camisetas henleys de manga larga y mis camisetas *Brave*. Mi calzado deportivo está desparramado en la parte de abajo y, súbitamente enfurecida, lo pongo en orden.

-Probablemente se quedaron con algunas de tus cosas. No puedes tener prendas demasiado ceñidas o cortas. Tampoco vestidos con tirantes.

-¡Es una mierda! -jalo bruscamente la sudadera de Josh de la percha, y la paso por sobre mi cabeza.

-Sé que apesta, pero no es una mala idea. Para mí, sería súper frustrante ver a todas esas chicas delgadas vistiendo minúsculos tops y ese tipo de cosas. ¿No te molestaría a ti también?

Me empiezo a acalorar. *Por supuesto* que para mí no sería lo mismo. ¡Yo soy una de esas chicas delgadas! ¿Acaso no se dio cuenta? ¿No me ve?

-Quiero que me devuelvan mis cosas.

Esto es culpa de mi padre. Mi piel arde, luego se enfría y todo a mi alrededor se torna borroso. Las yemas de mis dedos se encuentran con mi pecho para contar mis huesos. Siento el teléfono celular en el sostén.

-Créeme, al principio realmente apesta, pero...

-Voy a salir.

Está diciendo algo sobre los controles nocturnos, pero le doy un portazo a sus palabras. No doy otro respiro hasta que me encuentro a salvo, fuera de la cabaña. El aire fresco hiere mis

pulmones. Puedo oír voces en la oscuridad, risitas femeninas fuera de la villa, pero nadie está demasiado cerca como para ser visto. Desentierro el teléfono y lo enciendo.

Eden atiende en el último segundo. En el fondo, percibo una oleada repugnante de estudiantes universitarios borrachos y copas para brindar. Sé exactamente en dónde se encuentra.

-¡Holaaaa, amiga! ¡Craptown USA te echa de menos! ¡Qué hay de nuevo? -chilla, demasiado ebria como para recordar.

Como está borracha, le sigo la corriente, lo cual es mi especialidad.

-La comida apesta -no que yo lo supiera. Presiono mi espalda contra el exterior de la cabaña y dejo que el peso me arrastre hacia abajo-. Escucha, no puedo hablar mucho. Simplemente... ¿podrías ir a mi casa y hablar con mi padre? Él no me prestaría atención a mí, pero tal vez si alguien le dice que esto no es una buena...

-¡Jaaaaaason! -su risa ebria produce un zumbido en mi oído.

-Es Jaden, cariño. Jaden -exclama una voz profunda y áspera. Él respira sobre el teléfono-. ¿Hola? ¿Quién es?

-Excelentes noticias -le informo a Jaden-. Es una borracha cachonda.

Corto la comunicación. Me quedan solo dos barras de batería y olvidé empacar el cargador.